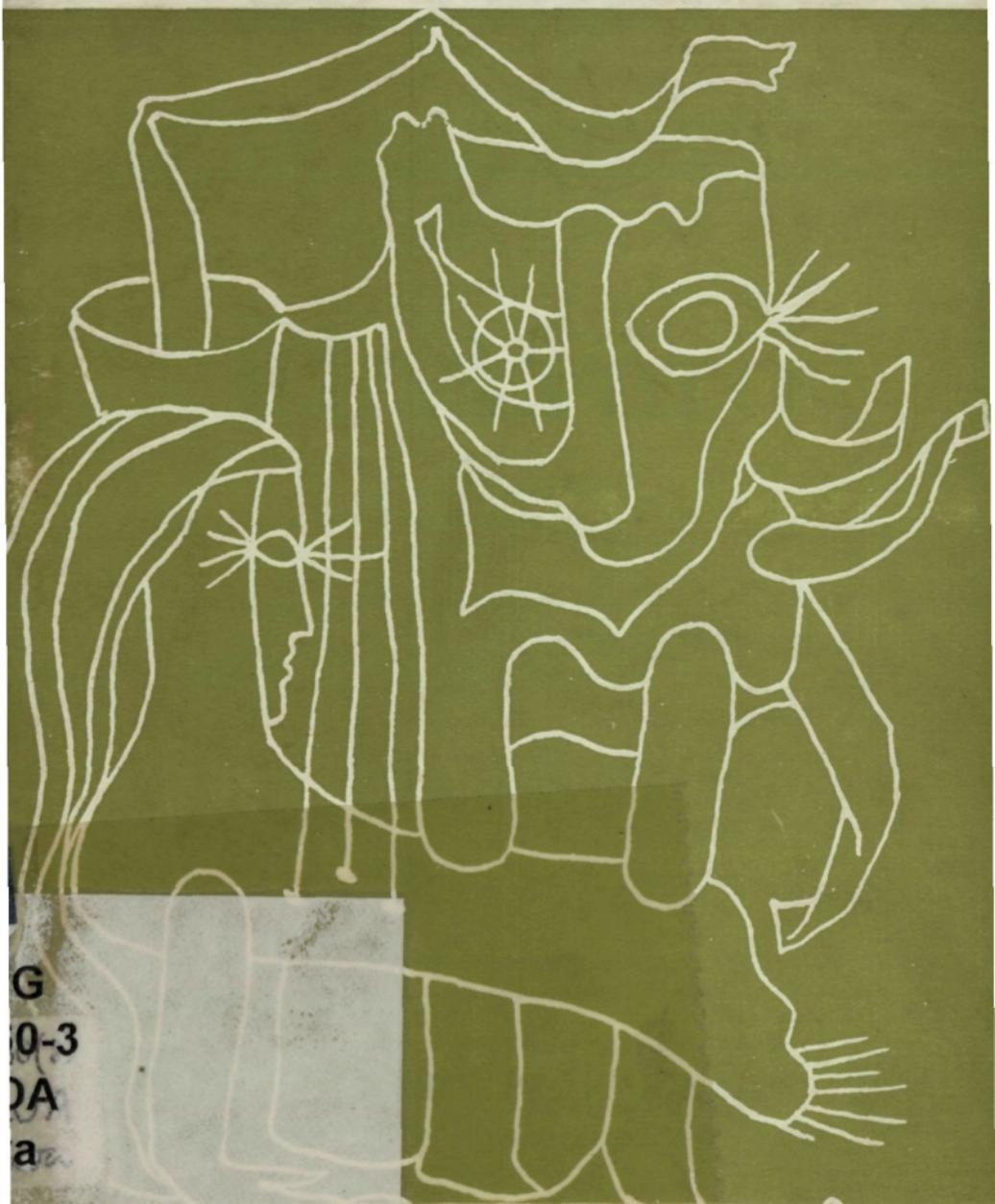


3984

LOAYZA

EL AVARO



G
0-3
DA
a

INVENTARIOS PROVISIONALES



LAS PALMAS 1970

LUIS LOAYZA

Nació en Lima en 1934. Con Mario Vargas Llosa y Abelardo Oquendo formó el grupo que editó en aquella capital los *Cuadernos de Composición* —plaquetas colectivas dedicadas a un sólo tema de ficción— y la revista *Literatura* (1958-1959). Ha vivido en los Estados Unidos y en Europa. Reside actualmente en Ginebra.

Además de *El Avaro*, impreso por primera vez en Lima (1955) en edición muy reducida, Luis Loayza ha publicado narraciones cortas y la novela *Una piel de serpiente* (1964).

Luis Loayza, que une a su condición de narrador la de ensayista, es una de las figuras más interesantes de la joven literatura del Perú.

7

**INVENTARIOS
PROVISIONALES**

Narración

4.L.9. 3.999

EL AVARO
de Luis Loayza

S-2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
PALMAS DE G. CANARIA
v. Documento 133725
N.º Copia 604584



ip

INVENTARIOS PROVISIONALES

Se las entienden con estas ediciones
Eugenio Padorno, J. J. de Armas y
Lázaro Santana

Copyright by LUIS LOAYZA
Depósito Legal G. C., 409-1970

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17

Printed in Spain

LUIS LOAYZA

El Avaro



ip

INVENTARIOS PROVISIONALES

LAS PALMAS 1970

PALABRAS DEL DISCIPULO

EL MAESTRO me enseñó todo lo que sé anudando con la habilidad de un tejedor silogismos inolvidables. Yo anotaba cada una de sus palabras con espesa tinta negra sobre grandes papeles que al final del año cosía. Ved, pues, mis volúmenes. Todo lo que está escrito en ellos lo recuerdo: cada frase, cada refutación perfecta de los falsos sistemas. No soy sino una bóveda que guarda su sonido. Si esto os parece poco, no lo conocíais. Pero hay algo que pienso siempre: mi maestro me dijo que en mí, su devoto discípulo, en mí, nacido para escucharle, su lección sería efímera.

EL AVARO

SE QUE cuando voy por la calle y un conversador se inclina al oído de otro y disimuladamente me señala, está diciendo que soy el avaro. Sé que cuando llega un traficante de telas o mujeres o vinos y pregunta por los hombres de fortuna, me nombran pero añaden: «no comprará nada, es avaro».

Es verdad que amo mis monedas de oro. Me atraen de ellas su peso, su color —hecho de vivaces y oscuros amarillos—, su redondez perfecta. Las junto en montones y torres, las golpeo contra la mesa para que reboten, me gusta mirarlas guardadas en mis arcas, ocultas del tiempo.

Pero mi amor no es sólo a su segura belleza. Tantas monedas, digo, me darán un buey, tantas un caballo, tierras, una casa mayor de la que habito. Con uno de mis cofres de objetos preciosos puedo comprar lo que muchos hombres creen la felicidad. Este po-



der es lo que me agrada sobre todo y el poder se destruye cuando se emplea. Es como en el amor: tiene más dominio sobre la mujer el que no va con ella; es mejor amante el solitario.

Voy hasta mi ventana a mirar, perfiladas en el atardecer, las viñas de mi vecino; la época las inclina hacia la tierra cargadas de racimos apetecibles. Y es lo mejor desearlos desde acá, no ir y harsiarse de su dulce sabor, de su jugo.

EL VISITANTE

DESPUES DE mucho tiempo, el solitario vió acercarse un visitante a su morada. Era gordo y muy sucio: el solitario sintió repugnancia. Sin hablar, el recién llegado entró en la pequeña habitación y se tendió a descansar, resoplando. El solitario se dijo: «Esta es la prueba». Fue a traer agua y carne y los dejó junto al visitante, quien devoró entre grandes ruidos; luego quedó sentado en silencio hasta que llegó la noche y se acostó otra vez en el suelo y durmió. El solitario pensó lleno de felicidad que su prueba había llegado y reunió su humildad y su paciencia para soportarla.

El segundo día, otra vez ofreció al visitante los alimentos. No se extrañó de no recibir una palabra, ni un ademán de agradecimiento; continuó en el servicio, esperando. Así pasó el tiempo. El visitante parecía no advertir su presencia. Un día arrebató al solitario su comida y lo golpeó. Con el rostro ensangrenta-

do, mientras se dolía, el solitario no se defendió, pensando que esa era la prueba esperada.

Pero nada sucedió. Cambiaron las estaciones y el solitario siguió en su espera. Buscaba el agua, la caza, las verduras y las ofrecía al visitante; tomaba las sobras pensando que quizá ese día, el odioso, transformándose, le hablaría, dando por satisfecha la prueba.

Una mañana el solitario no pudo levantarse. La fiebre lo poseyó y después la temblorosa agonía. Miró al visitante, ceñudo en un rincón. Ahora, pensó, la prueba culmina. Pero ya no pudo ver y sintió la muerte. Entonces dudó.

EL VIENTO contra mi cabeza empapada, regreso a la ciudad por lo sombreado del bosque. Imagino en el río una mujer que mueve los brazos hacia mí. Cojo y le arrojo nísperos. Mas debo apresurarme: ha pasado el medio día.

Entre las colinas, el bosque y el río, paso mis días. Al comienzo esta vida desesperó a mis padres. Huí del liceo y de todos los oficios que me destinaban. A veces me encerraron, pero yo escapé siempre a mis escondites y ahí me estuve por semanas. Han acabado por acostumbrarse o por lo menos me dejan tranquilo. Mi padre evita mirarme y mi presencia lo pone ceñudo; mi madre debe acariciarme furtivamente. Yo entro a la casa cuando quiero para comer o escucharlos. O adornarme porque me gustan las aceites sobre mi piel y el tacto de las telas nuevas, de pliegues filosos. A eso voy ahora: al baño de olorosos

ungüentos, a reirme de la estúpida charla de mis hermanos. Y nadie se me atreverá, porque soy el más fuerte.

He aquí uno de mis placeres: me acuesto en el fondo del río hasta que pierdo el aliento. Me impulso entonces y casi todo mi cuerpo asoma con violencia sobre la superficie. Luego nado hasta los árboles para sentir su sombra sobre mí. Otro: correr por las colinas hasta entrarme hirviendo al agua. Pero el mejor es caminar por el bosque cantando cualquier cancioncilla, arrancando ramas, acompañado de amigos invisibles.

Un día morirás desangrado como un animal salvaje, me han dicho mis hermanos. O quizá vuelva a la ciudad para no irme más y tome como mujer a la muchacha color de espiga que sonríe cuando me mira. Está bien. No habré perdido mis años contando monedas, inclinado sobre escrituras, escuchando palabras inútiles.

EL HEROE

HE CONSERVADO el secreto, no por vanidad sino por sentido del deber. Quizá lo sepan sin decirlo, pues la sombra de mis hombres hace desaparecer sus cabezas. Pero envejezco, toso, los alimentos me repiten en la boca su materia agria. Todavía soy «feroz como un jabalí, invulnerable como un árbol portentoso» pero sé que ahora mismo hablo como un charlatán. No puedo evitarlo y creo resignadamente que es la edad.

Sépanlo, yo no maté al monstruo en su caverna. Al verlo cerré los ojos aterrorizado y me eché a temblar. No pude evitarlo; reconocamos que era un animal verdaderamente horrible: echaba fuego por la boca, sus zarpas eran grandísimas. No hace falta que yo lo diga porque lo han descrito tantas veces que ya es clásico. Pero sucedió que él también me tuvo miedo y al retroceder violentamente se dió tal testarazo contra las piedras que se ma-



tó. Yo me pregunto ¿por qué huyó el monstruo? Parece que había escuchado aquella profecía que le anunciaba la muerte en su encuentro conmigo: no hay que prestar oído a estos oráculos que roban la fuerza.

Este fue el comienzo de mi fama. De la serpiente marina no puedo decir nada porque ni siquiera llegué a verla. Pero no desmentí a aquellos buenos pescadores que me estaban tan agradecidos que creían haber visto la lucha. La historia, por lo demás, (como las otras, algunas de las cuales ni siquiera conozco) no hace daño a nadie. Aunque es verdad que acabé con unos cuantos héroes: los pobres combatían tan abatidos que casi siempre empezaban por rogarme que no ultrajara sus cadáveres.

En cuanto a mis otras hazañas, la verdad es que no fueron tantas ni tan extraordinarias: ya se sabe que las mujeres exageran mucho. Pero mi difunta esposa solía decirme que yo era nada más que un hombre normal, y aún inferior a su primer marido.

LA BESTIA

AGAZAPÁDÖ en la altura, aplasto mi vientre contra la tierra y observo. Veo a los hombres de blancas túnicas que caminan y se detienen entre los edificios, y a los oscuros, día a día inclinados sobre su trabajo. Veo delicadas mujeres en las azoteas y jóvenes que desnudos nadan y se ejercitan en el río. Desde que los miré por primera vez he resistido la sed, la helada lluvia y otra vez la sed, sin dejar mi sitio. Yago mirándolos hasta que la ciudad se ensombrece y silencia; espero que se apaguen las últimas antorchas y desciendo para pasar por sus calles, ocultándome, y oírlos cantar. Debo aprenderlos pacientemente. Seré o he sido uno de ellos; cuando los conozca ganaré su figura y memoria y me recibirán, ya librado para siempre de este monstruoso cuerpo infeliz.

EL MONTE

LOS PRIMEROS habitantes de esta ciudad vencieron a los enemigos en este monte, ayudados por el que es más que los hombres. Lo venero; saludo cada mañana su presencia prodigiosa.

Del lado que mira a la ciudad están los árboles: un oscuro bosque con el suelo lleno de hojas amarillas; atravesándolo se llega a las flores: nadie las ha cultivado y cubren la ladera. Su olor es consistente, como un cuerpo de mujer yaciendo sobre las corolas. En mis paseos encuentro a veces parejas de tímidos amantes que veo abrazarse, inadvertido. Ello pasará y el monte permanece, me digo entonces. Pero no sé si esto será verdad y emprendo el regreso, temeroso.

LA ESTATUA

JUNTO A LA avenida que lleva al templo hay una estatua, dos veces tan grande como el hombre más alto de la ciudad. Los viejos la conocen desde niños y no recuerdan a nadie que no la haya visto siempre. Su origen es, pues, desconocido. Sucede con ella como con el templo, del que nada sabemos; la casta sacerdotal es la que posee sus misterios—(aunque, debo decirlo, los jóvenes no confiamos en ellos: ¿por qué son tan herméticos? ¿no es posible que hayan olvidado el misterio y se valgan para su simulación de severa, silenciosa apariencia?). En la opinión de la mayoría, al menos, el secreto de la estatua les ha sido revelado. Pero ella permanece: el rostro totalmente inexpresivo, el brazo levantado hacia el templo, la túnica circular sin ningún pliegue. Se transforma según cómo y a qué hora se la mire: desde el templo el brazo parece levantado para golpear; mi-

rándola desde el otro lado parece que señalara al templo. En la mañana la luz la rodea y resplandece como un dios hermoso; a la hora del crepúsculo es terrible. Su rostro también es discutido: todos los sentimientos le son adjudicados porque todos los sentimientos pueden imaginarse en él. Entre estas sugerencias predomina una, según la época. Así hubo un tiempo en que se adoró la estatua: se le ofrecieron sacrificios y se olvidó al dios del templo; años después se le consideró como una amenaza que se evitaba mirar: algunos llegaron a pensar en destruirla. Ante todas las actitudes los sacerdotes han guardado exasperado silencio: hemos suplicado, hemos amenazado; es inútil. Vieron con indiferencia como era adorada y execrada, no oyen nuestras preguntas.

EXODO

I ESTACIÓN del desastre: coinciden los agüeros y el infalible oráculo. Temo, no por mi vida miserable que tantas veces ofrecí en batalla, más por mi ciudad y su templo, por mi gente y mi rey, hombre sobre los hombres. Nos miramos pensando si será la guerra o la peste, si se desplomarán las montañas: pero en las entrañas de las naves y en las nubes, nada hay sino el anuncio del desastre y no sabemos cómo vendrá. Vagamos, pues, hasta la plaza, sin hablarnos; llenos de desánimo, apenas probamos los alimentos y velamos en la noche, esperando.

II Hoy el cielo amaneció oscuro y el aire, con sonidos. Nos encontramos frente al templo; el rey está ahí, también lo sabe; día de revelación o de muerte. Somos todos los hombres de la ciudad y cantamos hasta desfallecer los himnos de música poderosa. Vemos al

sumo sacerdote levantar su cuchillo sobre el sacrificio y matar con presteza. La sangre gotea en las gradas, mas antes de la invocación el rey se arranca entre voces las ricas vestiduras y se mesa los cabellos, postrado ante el tabernáculo.

III Unos dicen que la palabra del dios ordenó este éxodo; otros que el dios no contestó a la invocación y el rey, temeroso del desastre, lo ha decidido; otros que el éxodo es el desastre. Pero ahora caminamos lentamente hacia el nuevo valle con agua y pastos y una cantera cercana que dará la piedra para los edificios; ahora vamos al lado de las mujeres y los niños, dejando atrás la ciudad y los ancianos que prefirieron cortarse la garganta antes que abandonarla. Desde lo alto la miramos por última vez: solitaria y con tanto amor nuestro extendido en sus paredes.

Publicados

POESIA

- 1 *Poemas Eróticos*,
de Constantino P. Cavafis
(Versión de Lázaro Santana)

- 4 *Tal vez mañana*,
de Claudio Rizzo
(Traducción de Eugenio Padorno)

- 5 *Papé Satàn*,
de Manuel Padorno

- 6 *Primera Exposición*,
de José Batlló

NARRACIÓN

- 2-3 *Monólogos*,
de J. J. de Armas Marcelo

- 7 *El Avaro*,
por Luis Loayza

Seguirán títulos de

José Angel Valente
Roberto Fernández Retamar
Félix Grande
José L. Pernas

*

Pedidos a

INVENTARIOS PROVISIONALES
Núñez de Balboa, 2-4.º-A
Las Palmas de Gran Canaria

INVEN-
TARIOS
PROVISI-
ONALES

Cubierta de *Juan Ismael*